

Maritain: algunos elementos de su filosofía política.-

Sergio Fernández Aguayo

Se dice a veces que las filosofías políticas nacen de una negación, de una ruptura. En el caso de Maritain fue efectivamente como una ruptura con esa mezcla de integrismo y positivismo político que fue la Action Française en las primeras décadas del pasado siglo, que había influenciado mucho al catolicismo francés de la época. A la concepción de la "primacía de la política" del crítico de la democracia Charles Maurras, Maritain opondrá su "Primacía de lo espiritual" libro aparecido en 1927.

De esa ruptura nace su toma de conciencia de la crisis de la civilización capitalista, liberal y burguesa que se generó después de la gran depresión de los años 30, y de los totalitarismos subsiguientes. Maritain hablaba entonces de un "desorden radical" y "Mounier del "desorden establecido".

El vacío ideológico de aquellos años exigía un pensamiento fuerte, orientador, que ofreciera una visión del mundo y una cierta idea del hombre. La idea central de la perspectiva maritainiana es que el hombre es una persona, no un fragmento de la totalidad social, que la sociedad es para las personas y no las personas para la sociedad, y mucho menos para el Estado, cuya importancia reconoce, pero al que asigna una función instrumental. En definitiva, un humanismo personalista.

Para el filósofo francés "la desdicha del humanismo clásico fue haber sido antropocéntrico y no el haber sido un humanismo". Su análisis se sitúa en el plano de las relaciones entre religión y civilización, entre fe e historia.

Maritain se preguntaba cómo pensar la inserción de lo espiritual en lo temporal, manteniendo la integridad de lo espiritual por una parte y, por otra, respetando plenamente los requerimientos y necesidades nuevas en una historia que se renueva a ritmo acelerado.

Rechaza tanto la secularización de la política como también la politización de lo sagrado. Afirma teórica e idealmente la necesidad de un compromiso temporal del cristiano, porque reconoce la carencia – en el siglo XX – de una política cristiana, es decir de la inserción del cristianismo en la historia contemporánea.

Durante la II Guerra Mundial Maritain – comprometido en el combate por la liberación de Francia - comprende y muestra como el nazismo quería restaurar el “Imperio pagano” y propugnaba la muerte tanto del cristianismo como de la democracia.

Para él estaba claro que en ese momento los destinos del cristianismo y de la democracia estaban íntimamente unidos por la historia. Escribe que el regreso de la democracia estaría “vinculado a la espiritualización de la existencia profana”. Pero no habla de un “catolicismo integral” como acostumbraba a decir la reacción católica a la modernidad, sino que precisamente de un humanismo integral.

Es un hecho sin embargo que Maritain no encontró en Francia la audiencia que una notoriedad casi mundial parecía otorgarle. Después de representar a Francia ante el Vaticano (1945-1948) se vio obligado a un segundo exilio en los Estados Unidos, al no ofrecérsele en París una cátedra que le permitiera vivir allí. Las corrientes de pensamiento de la post guerra, predominantemente el existencialismo y el marxismo, alejaron del tomismo a la inteligencia francesa.

En su segunda estadía en EE.UU. profundiza su pensamiento político con categorías más laicas, más cercanas a la ciencia política contemporánea. Especialmente en el texto que en esta ocasión recordamos “El Hombre y el Estado”(1951) retoma los valores de la modernidad política, en particular los DD.HH., refuerza el valor de la sociedad política, distinguiéndola del Estado y subraya su papel instrumental y no absoluto.

Para una sociedad al servicio de la persona, la idea de democracia personalista es esencial, pero debe ser una democracia no solo política, sino económica y social, con lo que se opone a la democracia liberal y capitalista de esa época.

La “nueva democracia” que sostenía debía ser muy distinta de esa individualista y liberal de sello roussoniano, debía ser más que un sistema de gobierno, también un ideal de vida en común basado en valores que sin imponerse a nadie – la sociedad era y debía seguir siendo pluralista - estarían naturalmente inspirados en el viejo y siempre nuevo mensaje cristiano.

Maritain afirmaba que la democracia tenía su fundamento en el cristianismo, pero distinguiendo la religión como revelación sobrenatural, del cristianismo como fermento cultural de la vida política y social, como “energía histórica”.

Algunos han querido ver en él solamente al filósofo de una corriente de partidos políticos demócrata cristianos. De esa forma se le limita e incluso se le empequeñece. Ya en 1935, en su "Carta sobre la independencia", precisa la actitud del filósofo frente a la historia. "No existe la filosofía especulativa, hay también una filosofía práctica, y creo que ésta debe descender hasta el límite extremo en que la conciencia toca la acción" ¹. El lugar del filósofo está fuera de los partidos, pero el actuar de Maritain fue todo lo contrario de una evasión o fuga de la realidad, "porque el filósofo tiene utilidad para los hombres si permanece como tal"² En verdad en este aspecto de su obra tan multifacética, debe ser considerado más bien como un filósofo cristiano de la democracia.

Sus tesis principales pueden resumirse en cinco puntos:

1.- **No hay política sin filosofía política.** Toda política supone, consciente o inconscientemente, una cierta concepción del hombre y de la historia. La política no puede presentarse como ajena al saber, siendo una sabiduría humana integrada a las demás ciencias.

En la época de Maritain, quienes adherían al análisis marxista no consideraban al marxismo como una filosofía sino como la única ciencia posible de la historia, reduciendo así toda filosofía política a la condición de ideología.

Especialmente en nuestro tiempo, muchos tecnócratas, consideran la política como aplicación en prospectiva de las leyes demostrables y verificables de la economía, de la misma manera como del conocimiento biológico se sigue una terapéutica. Otros consideran lo político como puramente técnico, estiman entonces la actividad política y social como una actividad amoral en sí misma. Maritain se mostró siempre contrario a tales empresas de reducción.

2.- **Es posible una filosofía política cristiana.** Para algunos una política cristiana no tendría nada que ver con una filosofía. Pretenden ir directamente desde la fe a la acción política, pero el absolutismo de la fe transpuesto políticamente ha desembocado muy habitualmente en un autoritarismo, si no pasa antes por una filosofía que tome en cuenta la cultura, la experiencia histórica de los pueblos. Siempre existe una mediación filosófica aunque oculta, que explica que se escoja el camino

¹ OO.CC., Vol 5, p 255.-

² Idem, p. 257

revolucionario, el conservantismo o la reforma. No es suficiente con el Sermón de la Montaña, aunque sea tomado muy en serio.

La idea de una filosofía cristiana de la política es considerada con sospecha por el pensamiento racionalista, que no acepta que se pueda tomar como punto de partida una Revelación que les parece irracional y misteriosa. Es considerada también como sospechosa por el pensamiento economicista, que todo lo reduce a términos materiales y cuantificables.

El pensamiento contemporáneo, el llamado *pensamiento único*, ha adoptado una concepción individualista y utilitaria del ser humano y de la sociedad. *“Da la impresión – decía Juan Pablo II en un discurso ante las Academias Pontificias (2001) – que los complejos dinamismos provocados por la globalización de la economía y de las comunicaciones, tienden a reducir progresivamente al hombre a una variable del mercado, a una mercancía de intercambio, a un factor totalmente irrelevante de las opciones más decisivas”*. Es frente a ese reduccionismo que se levantan hoy los indignados de todo tipo.

3.- La filosofía cristiana de la política distingue en el cristianismo lo propiamente religioso y lo cultural. La filosofía no puede ser tal sino en la medida que es obra de razón. No hay filosofía contra la razón.

El cristianismo, considerado históricamente, ha despertado inmensas potencialidades humanas espirituales que habían permanecido adormecidas. La Revelación ha sido engendradora de razón (E. Gilson)

La distinción evangélica entre las cosas que pertenecen al Cesar y las que pertenecen a Dios ha tenido consecuencias en la historia política de la humanidad: Impidió la divinización del Cesar, y desembocó lógicamente en la desacralización del poder político.

De allí el tipo de unión que Maritain establece entre cristianismo y democracia: *“Lo que importa a la vida política del mundo... no es el pretender que el cristianismo se encuentra ligado a la democracia, y que la fe cristiana obligaría a cada fiel a ser demócrata; se trata de comprobar que la democracia está ligada al cristianismo, y que la presión democrática ha surgido en la historia como una manifestación temporal de la inspiración evangélica”*.³

³ Citado por Etienne Borne, “La filosofía política de J.Maritain”, texto mimeografiado en español, sin fecha.

El cristianismo, entonces, desde un punto de vista cultural, ha sido como fermento de la vida política y social de los pueblos, como portador de esperanza temporal, como energía histórica que actúa en el mundo. Fermento que provoca la mutación de la cultura y los cambios de civilización.

4.- La noción de persona reúne en una sola idea el valor inspirador de la filosofía política cristiana, que es a su vez una filosofía íntegramente humana.

La visión maritainiana de la persona lleva a concluir que el hombre es más que un consumidor, más que un ciudadano, que su grandeza está en el reconocimiento de su propia trascendencia, en la que cada ser humano está cerca de cualquier otro.

Una política de inspiración cristiana no puede menos de ser personalista y por añadidura comunitaria. El hombre se encuentra a sí mismo al subordinarse a la sociedad, pero ésta no consigue su finalidad, sino en la medida en que sirve al hombre, y siempre que reconozca que el hombre guarda secretos que escapan al grupo social y tiene una vocación que va más allá del grupo. La persona como fin último es trascendente a toda sociedad.

5.- Al centro de la teoría política de Maritain está la sociedad política y no el Estado, (el cuerpo político decía el filósofo, la soc. civil diríamos hoy). El Estado es considerado como "parte" del cuerpo político y tiene carácter instrumental. La idea de persona se traduce en el plano político en "una sociedad de hombres libres". Lo que supone una sociedad pluralista (tanto en lo religiosa como en lo social), vitalmente democrática (no una democracia de meros procedimientos), respetuosa de los DD.HH. políticos y sociales.

El instrumento Estado no debe pasar a considerarse el todo, pasar a ser una suerte de "ente moral", poseedor de derechos inalienables, anulando de esta forma los derechos de las personas y por ende anulando también la posibilidad del bien común. Maritain señala que esta perversión del Estado no solo se ha concretado en los regímenes totalitarios, sino también "durante el imperio de la democracia individualista y liberal" donde el Estado despliega una tendencia a reemplazar al pueblo, dejándolo en cierta forma al margen de la vida política.⁴

⁴ "El Hombre y el Estado", Ed. Del Pacífico, 1974, ps. 35-45.-

Maritain reconocía el importante papel del Estado moderno, en cuanto "su primer deber es imponer la justicia social"⁵, pero advierte sobre su posible sobredimensión, en aquellas sociedades cuyas estructuras básicas no alcanzan el nivel necesario respecto a la justicia. Ese sobre dimensionamiento debería ser transitorio.

El Estado es un importante gestor del bien común, pero no es el único, están las entidades intermedias. "Según el principio pluralista todo cuanto pudiera lograrse en el cuerpo político merced a órganos particulares o sociedades de grado inferior al Estado y nacidas de la libre iniciativa de los ciudadanos, debería obtenerse por ese medio"⁶.

Naturalmente el filósofo no podía percibir, en su época, la realidad actual de un Estado nacional minimizado por las fuerza superiores del capital trasnacional, y de las fuerza incontroladas de un mercado mundializado. Esos son fenómenos que le toca a la actual generación analizar, pero que pueden ser enfrentados a la luz del pensamiento maritainiano. Nuestro filósofo dejó pistas interesantes al respecto.

Algunos autores han observado una insuficiente atención al problema del poder en cuanto tal, el poder del Estado, con respecto a la atención que manifestó Maritain por la política y por la sociedad. Una crítica quizás válida pero sólo en parte, ya que en "El Hombre y el Estado", el rol del Estado es considerado en el cuadro de una correcta visión de la democracia, como parte superior del cuerpo político, pero solo como parte. Se trata de una concepción profundamente democrática de lo político. De allí que "el primer axioma y precepto de una democracia es creer en el pueblo".⁷

Maritain, como filósofo cristiano de la democracia, volvió a poner el acento en categorías olvidadas del pensamiento cristiano; nos hizo comprender como la democracia necesita una continua democratización de la sociedad y del Estado. Esta afirmación era tan plenamente válida para la época en que escribió Maritain, como para el Chile de hoy, el país requiere un proceso de profundización democrática.

En el mundo actual las ciencias físico-matemáticas aplicadas al ser viviente, a veces con cierta complicidad de las ciencias sociales, han conducido poco a poco a "desconstruir" al "sujeto" humano (Michael Foucauld, Jacques Derrida), el hombre se pierde a sí mismo, su propio ser se le escapa.

⁵ Idem. p 28.-

⁶ "El Hombre y el Estado", Ed. Kraft. Bs.Aires, 1956, p.83.-

⁷ Idem, p. 34

De allí la reactualización de la noción de persona, que constituye una herencia tanto cultural como espiritual que Maritain profundizó, y ha recibido aportes de muchos otros filósofos, cada uno con sus matices, entre los que se puede señalar a Scheler, Guardini, Mounier, Marías incluso al propio Karol Wojtyła, en su trabajo filosófico durante 20 años en la Universidad de Lublin, antes de ser designado Pontífice romano.

“Todo hombre tiene derecho a ser persona”, fue el lema que se colocó en el frontis de la Catedral de Santiago de Chile, con motivo de un Simposio por los Derechos Humanos que allí se realizó, en pleno régimen militar chileno, cuando la Iglesia asumía un rol de defensa de las personas perseguidas o marginadas. Es una frase que sintetiza bien la filosofía política de Maritain.

Sergio Fernández Aguayo,
Oct. 2011.-